

BRAVO LÓPEZ, Fernando: *En casa ajena. Bases intelectuales del antisemitismo y la islamofobia*, Barcelona, Bellaterra, 2012, 368 págs.

En casa ajena es un estudio comparativo de dos fenómenos culturales y políticos diferentes, pero con raíces históricas emparentadas (la condena del cristianismo medieval a las religiones judía e islámica), que ofrecen múltiples similitudes discursivas. Se trata del antisemitismo moderno, especialmente en su periodo de mayor auge, entre mediados de los siglos XIX y XX, y la actual islamofobia. Aunque en ambos casos se estudie también sus orígenes históricos. Obviamente, la obra se centra en el mundo occidental, de tradición cristiana, aunque también aborda el actual antisemitismo islamista, que recoge sin apenas modificación los postulados esenciales del occidental. Se trata de un estudio brillante, que permite iluminar, a través del análisis comparado, los argumentos intelectuales empleados para justificar y alentar el actual rechazo en los países occidentales de las minorías musulmanas, a través del odio histórico a las minorías judías de esa misma área geográfica. Un estudio que resalta las similitudes sin que ello signifique ignorar las diferencias: una primera sería la antigüedad de la presencia en Europa de las minorías judías frente al carácter reciente de las minorías musulmanas.

Reflexionando sobre ambos fenómenos, el antisemitismo y la judeofobia, Fernando Bravo aporta su propia caracterización, común a ambos, que podría resumirse en un proceso cognitivo de tres pasos sucesivos:

- 1) la esencialización de la religión (judía e islámica respectivamente), determinada desde su fundación por sus textos sagrados, cuyo mensaje inequívoco se extrae de una pequeña selección de citas.
- 2) el determinismo cultural, al considerarse que ambas religiones determinan la actitud y la moral de todos los individuos que las profesan (lo que los esencializa también al hacerlos semejantes en lo moral bajo la misma determinación religiosa, en cualquier lugar y época).
- 3) la presentación de las dos religiones y de todos sus fieles como una amenaza mortal para la sociedad mayoritaria (la occidental, de raíz cristiana). Aquí, sin embargo, hubo históricamente una diferencia que tiende hoy a diluirse, pues si el islam fue visto siempre como una amenaza exterior y el judaísmo interior, el establecimiento del Estado de Israel presenta también a los judíos como peligro exterior y, sobre todo, la inmigración de musulmanes en el último medio siglo ha convertido a éstos en amenaza interna, además de internacional.

Desde esta caracterización, islamofobia y antisemitismo presentan un discurso muy parecido. Unas cuantas citas (no siempre veraces o completas) de sus textos sagrados sirven al teorizador del odio para definir una esencia del judaísmo y el islam, una especie de ortodoxia, consistente en el objetivo de dominar la tierra mediante la violencia más despiadada contra todos los no creyentes (gentiles o no musulmanes). Se trata de una ortodoxia que muestra evidentes concomitancias con la interpretación que hacen de ambas religiones sus sectores más fanáticos y violentos. Aquel judío o musulmán que no encaje con dicha esencia es tachado de heterodoxo, mal judío o musulmán, ignorante de su propia religión. Judíos y musulmanes suponen así una amenaza apocalíptica sobre las sociedades occidentales y cristianas, en grave peligro de ser esclavizadas o aniquiladas. Y una amenaza tanto mayor cuanto que el enemigo no está sólo, sino que, en su labor de zapa, ha logrado poderosos aliados entre "nosotros". Así, el afán destructor de los judíos y su sed de dominio mundial contaban, para los antisemitas, con el apoyo de masones y revolucionarios, mientras que, para la gran mayoría de los actuales islamófobos, son los movimientos progresistas, los impulsores de la secularización y el multiculturalismo, quienes abren la puerta a los musulmanes y su afán de dominio y destrucción.

En ambos casos la lucha contra este elemento traidor se hace tanto o más perentoria que la dirigida contra el mismo judío o musulmán, como demostró en 2011 el noruego Anders Brevik en su primera acción bélica contra la amenaza islámica, asesinando a decenas de jóvenes socialistas de su país. También coinciden ambos movimientos en el terreno de las soluciones: segregación y discriminación, privando de sus derechos a las minorías amenazadoras, cuando no expulsarlas. De momento los islamófobos no predicán soluciones de exterminio como las que ejecutó la Alemania nacionalsocialista durante la Segunda Guerra Mundial, aunque no faltan voces que reclaman el empleo de bombas atómicas (como el político israelí Avigdor Lieberman, para usarlas en Gaza, o el español César Vidal, para combatir el terrorismo islámico, cuyo libro *España frente al islam* no debiera quizás haber sido excluido de la obra, pese a que Fernando Bravo la haya analizado ya en otras páginas).

En casa ajena analiza con detalle el paso primero de su propuesta interpretativa. Para ambos casos comenta las selecciones de los pasajes bíblicos y talmúdicos, coránicos y de hadices del profeta, que se transmiten de unos tratados a otros, incluso a través de los siglos, sobre las que se estructuran las esencias de ambas religiones. En

opinión de Fernando Bravo, pese a que algunos de los pasajes se presenten manipulados, o incluso sean apócrifos (especialmente los del Talmud y los hadices), aun cuando fueran todos veraces, de ellos no se puede extraer la esencia inmutable de ninguna de las dos religiones. En primer lugar, porque los respectivos textos sagrados son muchísimo más amplios y susceptibles de múltiples interpretaciones, que han variado y siguen variando entre las diferentes escuelas exegéticas, a lo largo del espacio y del tiempo. Fernando Bravo cree que, para conocer, por ejemplo, el islam actual, en sus diferentes versiones, no sólo las islamistas, leer el Corán y los hadices (completos) puede ser interesante como primer paso, pero mucho más importante es acudir a lo que dicen y escriben los musulmanes de hoy, en todas sus múltiples y encontradas tendencias. Tanto los ulemas como los meros fieles, pasando por los políticos. Desde quienes predicán la lucha a muerte contra los enemigos de Dios hasta aquel inmigrante marroquí que sostenía: “Dios no necesita que le defiendan”.

Una pequeña selección de textos, por repugnantes que puedan parecer, no define ninguna religión, siempre expuesta a las múltiples interpretaciones de sus amplios corpus sagrados, que no han cesado de evolucionar con el tiempo. Pero, aunque así fuese, aunque el judaísmo y el islam fueran religiones monolíticas y homogéneas, tampoco es aceptable el determinismo que considera que el ser humano actúa siempre determinado por las ideas que dice profesar. En el estudio de las realidades sociales las ideologías, y las religiones, son de enorme importancia, pero no son los únicos factores. Del pensamiento de Marx no se determina el terror de Stalin. La socialdemocracia alemana o la austriaca de entreguerras también eran herederas ideológicas del autor de *El Capital*. Menos sirve en exclusividad para interpretar la acción de los individuos, siempre diferentes unos de otros.

Pierre-André Taguieff nos recuerda que el primer paso cognitivo del racista consiste en esencial al colectivo humano que estigmatiza, haciendo a todos sus miembros iguales entre sí hasta el punto de singularizarlos: el blanco, el negro, el ario, el semita. En nuestro caso serían el judío (todos los judíos, de cualquier lugar y época) y el musulmán (así mismo todos ellos). Como en el caso del islam, religión que aspira a la conversión universal, no se da el componente étnico de la religión judía (adquirida casi siempre por la ascendencia materna), Fernando Bravo busca diluir la importancia del componente racista en el antisemitismo. Para ello acude al sustrato etnicista del mismo racismo nazi mostrado por Christiane Stallaert y

Claudia Koonz. No hay que olvidar que, como sostuvieron Balibar y Wallerstein, tras la Segunda Guerra Mundial el desacreditado racismo ha buscado muchas veces los ropajes del determinismo cultural que hace a los pueblos tan irreductiblemente diferentes como sostenían los racistas.

Sin embargo, a mi juicio, la comparación entre antisemitismo e islamofobia que hace Fernando Bravo precisa de una matización. Si bien prácticamente todos los islamófobos se centran en la religión coránica para justificar y difundir su odio a los musulmanes, los antisemitas no sólo, aunque desde luego también, se centran en los textos sagrados del judaísmo. Y esto a lo largo de la historia. Inicialmente el antijudaísmo cristiano se centró en la acusación de deicidio: ciegos al Antiguo Testamento, los judíos no reconocieron al mesías que anunciaba (el Jesús divino) sino que lo crucificaron. Matar a Dios fue la principal acusación contra los judíos. La segunda, muy temprana, su carácter satánico: su ceguera ante el Antiguo Testamento era intencionada pues, lejos de adorar a Yavé, adoraban a su padre Satanás. Sobre estas premisas no cabía acudir a versículos del libro sagrado de los judíos para mostrar su carácter inhumano, porque dicho libro era también sagrado para los cristianos. Si se acudían a determinados pasajes, sobre todo de los libros proféticos (o en el *Éxodo* el episodio del becerro de oro) para demostrar que los israelitas siempre habían sido rebeldes a Dios, lo que explicaba su crimen final con su Hijo.

Todo cambió cuando, a partir del siglo XIII, se descubrió la existencia del Talmud. Éste sí pudo ser satanizado por los cristianos, y de él comenzaron a circular selecciones de pasajes que demostraban la inhumanidad de los judíos y su odio mortal hacia los gentiles, especialmente los cristianos. Comenzó así la literatura antitalmudista, que se desarrolló hasta el antisemitismo del siglo XX, que forma una parte fundamental del pensamiento antisemita, pero no la única. Desde la secularización ilustrada del siglo XVIII pudo desarrollarse un antisemitismo no cristiano (normalmente anticristiano) que, además de seleccionar textos talmúdicos hacía lo propio con los bíblicos, para mostrar la monstruosidad moral de los judíos. Algo que ha llegado también hasta nuestros días. Pero, incluso para estos autores, la esencialización de la religión judía no tiene por qué constituir la causa del carácter criminal de los judíos. Los musulmanes sólo pueden ser criminales por el islam, que es lo único que une a todos ellos. Pero los judíos forman un grupo étnico fácilmente caracterizable como raza. Su criminalidad puede ser innata, trans-

mitida biológicamente. En este caso el Antiguo Testamento y el Talmud pueden ser manifestaciones de ese carácter criminal, no su causa. Pero, en todo caso, manifestaciones de capital importancia, usadas con los procedimientos intelectuales que tan brillantemente se analizan en *En casa ajena*.

Gonzalo Álvarez Chillida

gachillida@cps.ucm.es